

Bolivia: una revolución democrática

Carlos Toranzo Roca: académico boliviano, ex profesor de Economía y Ciencia Política en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM); profesor visitante en el Saint Anthony's College, The Latin American Centre, Oxford. Coordinador de Proyectos de la Fundación Friedrich Ebert en Bolivia.

La victoria de Evo Morales

Las elecciones del 18 de diciembre de 2005 se realizaron prácticamente sin partidos en la escena política. El escenario electoral fue ocupado por Poder Democrático y Social (Podemos)¹, liderado por Jorge «Tuto» Quiroga, quien, lejos de comprender el giro hacia la centroizquierda de América Latina, insistió en ofrecer más de lo mismo: ajuste estructural y política social asistencial. Pero, más grave aún, frente a las expectativas de renovación, Podemos insistió con las mismas caras y los mismos nombres desgastados. Curiosamente, durante su breve gestión como presidente, entre 2001 y 2002, Quiroga había gobernado con independientes, descartando a muchos de los viejos políticos de su partido, Acción Democrática Nacionalista (ADN), conducta que había generado muchas expectativas. Sin embargo, para las elecciones de 2005, y aunque había dejado de lado su antiguo partido para fundar una nueva agrupación, Quiroga volvió a desenterrar a los viejos políticos, percibidos por la sociedad como símbolos del clientelismo y la corrupción. Sus listas de candidatos incluyeron a antiguos dirigentes de ADN y a algunos políticos desgastados del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), entre los cuales figuraba el ex presidente Jaime Paz Zamora. En general, quienes lo votaron lo hicieron más por temor a Evo Morales que debido a su propia oferta electoral.

Por otro lado, en un momento en que eran necesarias nuevas ideas progresistas y una propuesta electoral sin recaídas en el liberalismo decimonónico, Quiroga ofreció una alternativa política y económica conservadora. Ese conjunto de desaciertos y su apego por el pasado (fue más fiel a las ideas de la vieja ADN que a las acciones e intuiciones que tuvo en su fugaz paso por la Presidencia) lo hicieron cavar su propia tumba electoral. Y la cavó más hondo al emprender una campaña

¹ Se trata de una suerte de federación de agrupaciones ciudadanas, con escasa homogeneidad política.

de guerra sucia contra su rival, Evo Morales, a quien convirtió en víctima en un país en el que tradicionalmente las víctimas ganan votos.

Morales capitalizó el voto de la izquierda, de ex socialistas, ciudadanos cercanos a las organizaciones no gubernamentales, algunos intelectuales, clases medias empobrecidas, campesinos y otros sectores que no encontraban una razón valedera para votar por Quiroga. Consiguió, ante todo, el apoyo de quienes estaban cansados de la vieja política. Muchos de los que lo votaron no lo hicieron por sus ideas, sino como un rechazo a los viejos partidos marcados por la corrupción; otros lo hicieron para rechazar una guerra sucia excesiva en un periodo democrático. Pero hubo, también, dos sectores de las clases medias conservadoras, sin apego a ideas de contenido popular o democrático, que votaron por el Movimiento al Socialismo (MAS) de Morales. Un grupo planteaba lo que entendía como la «solución por desastre»: postulaba que el líder indígena debía ganar para que el tiempo se encargara de demostrar que no iba a poder gobernar con eficacia. El otro grupo estaba conformado por clases medias atemorizadas que recordaban las movilizaciones sociales de octubre de 2003, querían evitar un escenario de empate electoral y temían una victoria pálida de Jorge Quiroga, pues entendían que, en ese caso, los movimientos sociales lo forzarían a abandonar la presidencia mediante protestas radicales y la amenaza de tomar algunas ciudades, en especial La Paz.

Así fue como, por diversas razones, en los últimos momentos el voto se fue concentrando en Evo Morales. Las encuestas, que vaticinaban su triunfo por unos seis puntos de diferencia, se quedaron cortas ante la realidad: obtuvo un 54%, frente al magro 28% de Quiroga. La mayoría absoluta del MAS demuestra que lo que sucedió en Bolivia fue una revolución democrática, ligada a una historia revolucionaria y conectada con el proceso de construcción de democracia representativa desarrollado durante dos décadas. En las elecciones de 2005, la gente votó contra la vieja política, por el cambio y la necesidad de conectar la ética con la política. Pero además el voto tuvo como objetivo ampliar la inclusión y evitar que haya solo ciudadanía política, con el reto de lograr ciudadanía plena, es decir, que se alcancen derechos económicos, sociales y culturales para todos.

Fue un voto con sapiencia, destinado a otorgar un mandato claro, y constituyó una forma de aprender de la experiencia de los gobiernos de coalición del pasado. Éstos, que habían emergido de acuerdos parlamentarios, debido a que los ganadores de las dos últimas votaciones (Hugo Banzer en 1997 y Gonzalo Sánchez

de Lozada en 2002) no lograron alcanzar siquiera el 25%, devinieron en regímenes profundamente clientelares y patrimoniales, que cuotearon la administración pública. Pero, si bien el MAS triunfó ampliamente para la presidencia, a la hora de elegir prefectos –equivalentes a gobernadores– el resultado no fue el mismo. En muchos departamentos (La Paz, Cochabamba, Tarija, Santa Cruz, Beni, Pando) se impusieron candidatos de otras fuerzas políticas, consideradas mejores opciones para el desarrollo regional². Esto significa que la población supo cruzar su voto, a pesar de que era la primera vez que se elegía simultáneamente al presidente y a los prefectos.

El contexto internacional y el triunfo del MAS

La victoria de Evo Morales no es solo un fenómeno interno. Hay que entenderlo, también, como la expresión particular de algunos cambios políticos que se han desarrollado en el sur del continente. Los latinoamericanos perciben que si bien actualmente existe democracia política, en las últimas dos décadas se ha incrementado la desigualdad social y económica. El resultado es un viraje hacia la centroizquierda: los latinoamericanos optaron por otros caminos –o por otras promesas–, que insisten en la necesidad de avanzar hacia una mayor equidad y dejar de lado la ortodoxia en el manejo de la macroeconomía, que trajo estabilidad económica, pero no logró generar condiciones de equidad y, en muchos casos, tampoco impulsó con éxito el desarrollo económico. Por eso, Luiz Inácio Lula Da Silva se impuso como presidente de Brasil, Tabaré Vázquez de Uruguay, Néstor Kirchner de Argentina y Michelle Bachelet de Chile, en tanto Manuel López Obrador tiene una alta intención de voto en México; por ésa, y otras razones, Hugo Chávez gobierna Venezuela.

Pero además, junto con la globalización y la internacionalización de la economía y la cultura, acompaña este proceso la «globalización de la antiglobalización». Como parte de esa «otra globalización», emergieron los nuevos movimientos anti-capitalistas, los grupos y procesos sociales antiglobalización y las organizaciones que se oponen a los tratados de libre comercio con Estados Unidos. Como consecuencia de este nuevo contexto, es posible observar también las dinámicas globales de las organizaciones no gubernamentales, muchas de ellas contrarias a la globalización, el neoliberalismo, el capitalismo y los partidos políticos y, a veces, enemistadas con los sistemas políticos de cualquier tipo. En el mismo oleaje se

² Por primera vez en Bolivia se eligió directamente a los nueve prefectos del país, ya que antes éstos eran nombrados directamente por el presidente.

percibe también con más intensidad la acción de los movimientos internacionales en defensa de los indígenas.

En muchos casos, no sólo las organizaciones de la sociedad civil han avanzado por esos caminos; muchos organismos internacionales³, asombrados por la inequidad económica y social generada o profundizada por los ajustes estructurales, han comenzado a construir relaciones con algunos de esos movimientos y han intentado establecer canales de comunicación con ellos para dialogar sobre temas de equidad, exclusión y derechos indígenas. En general, han tratado de impulsar procesos de «empoderamiento» de los sectores más postergados, en especial de los indígenas. En ese sentido, los organismos internacionales han simplificado su mirada sobre la sociedad civil y la han reducido básicamente a las ONG, a las que han dado apoyo y de quienes han recibido las demandas y el influjo ideológico.

En ese contexto es muy visible (incluso llega a constituir una moda de izquierdas) la asistencia al Foro Social de Porto Alegre, un ámbito en el que se discuten ideas, se construyen utopías antiglobalización y se expresa, en general, esa «otra globalización» de la que hablamos. Se trata, también, de momentos de encuentro, de exposición de ideas, de potenciamiento mediático de los foros paralelos a las reuniones del G-7. Estos movimientos han ido creando líderes, o han impulsado a los ya existentes, mediante la generación de redes, la búsqueda de apoyos financieros y el aporte de un soporte logístico para la realización de talleres y seminarios donde se difundan los contenidos de la antiglobalización. Son esos movimientos y las ONG globales quienes apoyan e impulsan a los líderes sociales que comulgan con la ideas antiglobalización. En ese contexto, Evo Morales es no solo un representante de los cocaleros de Bolivia, de los movimientos sociales e indígenas de su país. Es más que eso, pues se ha convertido en un líder mundial de las ideas antiglobalización.

Es ese Evo Morales quien, con su sagacidad política, ha llevado tan lejos al MAS, con el apoyo y la solidaridad de esos movimientos. Por eso, hoy existe una conmoción en los movimientos antiglobalización, las ONGs e incluso en sus contrapartes de cooperación, al ver que uno de los suyos (para ellos, el más auténtico representante de los excluidos) ha logrado llegar a la Presidencia. Muchos de ellos ya sueñan cómo replicar el triunfo en otros lugares de América Latina.

³ El Banco Mundial (BM), el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y hasta la Organización de Estados Americanos (OEA) han difundido documentos en los últimos años en los que manifiestan su fuerte preocupación por la inequidad económica y social.

La gobernabilidad futura

En las dos últimas décadas, ningún candidato había ganado por mayoría absoluta. El triunfo de Morales cierra así una página de la historia política del país, marcada por la democracia pactada y los acuerdos para formar mayorías parlamentarias y gobiernos de coalición, lo que conduce a leer de otra forma la gobernabilidad. Con el resultado de las elecciones, el nuevo gobierno cuenta con un control absoluto de la Cámara de Diputados (72 de los 130 diputados), pero se mantiene en minoría en el Senado, donde posee apenas 12 de las 27 bancas. Su mayoría es notable y, teniendo en cuenta su enorme peso electoral y su gran legitimidad social, la condición de minoría en el Senado se relativiza y es probable que no signifique trabas para la futura gestión. Desde la perspectiva de la gobernabilidad instrumental, concebida como mayoría parlamentaria, entonces, no se prevén problemas⁴. De todas maneras, para las grandes reformas, que requieren dos tercios de los votos en el Congreso, Morales deberá concertar con la oposición.

La agrupación Podemos, la segunda fuerza electoral y parlamentaria, no es un partido todavía; cuenta con una alta dispersión, nada asegura su unidad y su permanencia y su futuro no es fácil de anticipar. Su bloque parlamentario tiene en primera fila a políticos desgastados, con escasa legitimidad. Su líder, Jorge Quiroga, tendrá grandes dificultades para convertirse en el jefe real de la oposición, pues su fuerte derrota no lo ubica en una situación de gran expectativa, sobre todo si es visto como un símbolo del pasado y no como representante del cambio. Los empresarios nacionales, en especial los del oriente, y también las empresas internacionales habían cifrado muchas esperanzas en su candidatura. Sin embargo, han visto que es necesario articular una relación directa con Evo Morales. En ese contexto, las empresas extranjeras han acudido a sus gobiernos, como los de España o Brasil, para transmitir un mensaje directo al nuevo presidente: tienen intenciones de colaborar, pero requieren de una respuesta nítida, en el sentido de que se garantizará la seguridad jurídica y las inversiones realizadas. En esa línea han actuado varios países de Europa, muchos de los cuales desean también respuestas claras en el tema de la coca.

El resultado de las elecciones de diciembre demostró que la división regional de Bolivia tiene gran peso, pero no tan grande como se creía. El occidente se inclinó mayoritariamente por Evo Morales, mientras que el oriente se acercó a Jorge Quiroga, aunque no de manera aplastante. Desde esta perspectiva, la idea de una

⁴ Podemos posee 13 senadores; el MAS, 12; Unidad Nacional y el MNR, uno cada uno.

división regional fuerte tenderá a alejarse, pues quedó claro que las visiones comunes prevalecen por sobre las que dividen. De todas formas, el nuevo presidente deberá concertar con las regiones muchas de sus políticas públicas, si quiere llevar adelante una gestión viable para todo el país. No podrá, por ejemplo, definir políticas sobre tierras sin mantener un diálogo fluido con Santa Cruz, ni podrá tomar decisiones sobre los hidrocarburos sin consultar la opinión de Tarija.

Por medio de la elección de prefectos, la política tiende a descentralizarse. La gobernabilidad ya no puede ser vista sólo desde los partidos políticos, y es necesario tener en cuenta también lo que sucede en las regiones. De nueve prefecturas, el MAS ha ganado solamente tres: la gobernabilidad, entonces, exige que el gobierno negocie y dialogue con las regiones. Al mismo tiempo, las regiones, debido a la gran legitimidad del nuevo presidente, deben entender que es preciso tener contacto fluido con el gobierno central. En el pasado, se trataba de un tema neurálgico, sobre todo en el caso de la relación con Santa Cruz: la elite cívica del departamento actuaba como la única portadora de los ideales y las utopías de la cruceñidad. Sin embargo, los resultados de la elección presidencial en este departamento deberán generar una reflexión, pues Podemos obtuvo el 42% de los votos y el MAS alcanzó el 33%. Esto implica una necesidad de diálogo y encuentro entre Santa Cruz y el gobierno central, un proceso que ya comenzó a través de un encuentro entre Morales y la dirigencia cívica cruceña.

Paradójicamente, uno de los grandes enemigos de Morales es su amplia victoria y la inflación de expectativas que ésta genera. Mucha gente, fundamentalmente de los sectores populares, lo espera todo para mañana. Algunos sindicatos, como los trabajadores de la salud, ya comenzaron a formular pedidos excesivos: los jubilados reclaman que se abrogue la Ley de Pensiones; los desempleados piden que se les entregue el Ministerio de Desarrollo Sostenible; los maestros reclaman que se les pague un salario mínimo inalcanzable; la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB), dirigida por un líder campesino del MAS, exige cinco ministerios.

Al mismo tiempo, algunas izquierdas decimonónicas tratarán de presionar para conseguir medidas radicales. Si Morales cae en esa trampa y cede ante todos los sectores, si incurre en el error corporativo de cuotear el Poder Ejecutivo, puede reincidir en lo que él mismo criticó a los gobiernos anteriores. La legitimidad de los regímenes no es eterna y solo se renueva si se realiza una administración eficaz del

Estado, para lo cual el cuoteo corporativo del poder no es una buena estrategia. Además, un elemento nodal para generar eficiencia es la profesionalidad con la cual se ejercen las competencias públicas, lo que exige acudir a los mejores especialistas del país y no incurrir en el error de entregar la administración del Estado a las clientelas partidarias o sindicales⁵. Es necesario, entonces, que el gobierno evite errores de ese tipo para no desgastar su legitimidad. La inflación de expectativas se puede manejar con la eficiencia gubernamental, evitando respuestas populistas a las demandas sociales, tomando las mejores decisiones de política pública, provistas de racionalidad y de sensibilidad.

La experiencia histórica, el gobierno de la Unidad Democrática y Popular entre 1982-1985 y, más recientemente, el gobierno de Carlos Mesa, dejaron enseñanzas que es necesario asimilar. En ausencia de los problemas clásicos de gobernabilidad, las únicas dificultades que podrían surgir son las equivocaciones en la toma de decisiones por parte del gobierno. De todas formas, el futuro parece estar sembrado de oportunidades y de esperanzas, y de la estabilidad que le faltó a Bolivia en los últimos cinco años.

⁵ En el gobierno izquierdista de la UDP (1982-1985), la conformación del gabinete ministerial no se hizo de acuerdo con el criterio de la capacidad de los profesionales, sino que se eligió como autoridades a las militancias partidarias. Eso dio como resultado un 22.000% de inflación.